



FLORES DEL VERSO Y ESPUMA DE LA PROSA

POESIA EN GRANADA

ENVIO

COMPRENDO que parecerá impropio. Estos versos —los únicos que saco a luz desde los tiempos de estudiante— son brotes de una vena cada vez más exhausta, en parte porque ya era flojo su caudal, en parte porque trasvasé su corriente. Pero a vosotros tenía que escribiros antes el amigo que el maestro. Porque fué en Granada donde volví a estrenar los ojos y el alma, donde sentí como desentumecerse este «dirismo inválido y tullido», que diría Gerardo Diego, desecho vanidades y sacrificio el prestigio a la intimidad.

En el Jardín de Lindaraja

*Este mal de Granada! No, no quiebres
el coloquio del agua y del ciprés.*

*Cuanto vas a decirme me lo ha dicho:
¡no me quiebres la tarde!*

*Para este mal sin nombre nos dejaron
los jardines escuetos, la gran pausa
de los silencios cósmicos, el aire
filtrado de color.*

*Este mal de Granada! Acaso un día
lo haya de conjurar; mas deja ahora
que se adentre en el alma, como se entran
en el río las nubes.*

*Deja intelecto y voluntad flotantes
bajo estas arquerías. Ven conmigo,
las pupilas abiertas a la noche,
como ascuas en ceniza.*

*Caminos de la noche. Contrapunto
de estrellas en el alma. ¡Ay, alma, estamos
transidos para siempre de este mal,
este mal de Granada!*



En el Generalife

— Agua, mi amiga fiel, la de mi río
y mi huerto y mi aceña, agua que mueles
la pasión contenida, agua apagada
en la cisterna inmóvil de la muerte.

Agua y cipreses, mis amigos, vuelvo
con mi temblor de cita a vuestro lado:
tras de tanto vagar, ebrio de rumbos,
se me desvela el alma al encontraros.

Tengo sed de silencios, de teorías
más allá de los libros, de alegrías
tan soterráneas, que parezcan penas.

¡Ay, vocación insomne de destinos!
Los cipreses le sueñan su camino
a mi jardín triste que se abrió las venas.

José CORTS GRAU.

EL CIELO

Para ti,
¿quién habría de tener un pecho tan inmensamente humano,
capaz
de someter a tu concavidad infinita,
capaz
de enamorar hasta la última molécula de tu azul,
y de tenerte, como a un corazón, entre los dedos?

¡Tú, oh cielo, eres
la conquista más incitante que puede ofrecérsele al hombre!
Le rozas con tu piel calentada al sol
su superficie siempre inquieta,
le envuelves
como a un niño que ignora por qué su sangre
es sensitiva.

¡Tú, oh cielo, lo atraes
con el absorbente vacío de tu vientre arqueado!

Haces rodar sobre tus lechos
vírgenes nubes, de senos curvilíneos y blandos,
le preparas tormentas pasionales y oscuras
que hagan romperse al otoño en su boca.

Sobre todo, oh cielo, sobre todo,
tú tienes para el hombre la noche.

Te desnudas el cuerpo con el eterno rito, augural, del
crepúsculo,
le miras fijamente, con una honda mirada,
desde la solitaria luz de tus pupilas.

El hombre,
¿quién tendría un pecho capaz de dominarte?,
una, otra vez, se desmaya en tus brazos.

Rafael BENÍTEZ CLAROS.